

El Salvador proceso

informativo semanal

Año 18
número 792

enero 28
1998

ISSN 0259-9864

centro universitario de documentación e información

Número monográfico

*Evaluación de las
"Bases para el Plan de Nación"*

El Plan de Nación, los Acuerdos de Paz y la opinión pública

A finales de julio de 1997, el Instituto Universitario de Opinión Pública preguntó a los ciudadanos salvadoreños sobre lo que debe hacer el gobierno para resolver los graves problemas que tiene el país. Al hacerlo se les sugería cinco alternativas de respuesta para que ellos escogieran la que considerasen más cercana a su opinión, a su forma de ver la situación salvadoreña. Los resultados de tal consulta son muy interesantes. Un poco más de la mitad de los consultados (el 51.7 por ciento) señaló que lo que debe hacer el gobierno es "escuchar a la población"; ello frente a sólo un 2.8 por ciento que apoyó la idea antagónica de que debe "imponer sus decisiones". La opción de "elaborar un plan de nación" no fue precisamente una de las respuestas más frecuentes, pues obtuvo sólo el 10.9 por ciento de las adhesiones populares, por debajo de respuestas como pedir ayuda internacional (18.6 por ciento) y que el gobierno logre un acuerdo con la oposición (12 por ciento).

Estos resultados son apropiados para reflexionar sobre lo que significa la propuesta de un plan de nación para la ciudadanía salvadoreña en la actualidad. Pareciera que los salvadoreños no han pedido un plan de nación y, más bien, han pedido ser escuchados; aunque —como se verá más adelante— esta iniciativa puede convertirse en un modo de escuchar a la gente.

Si existen algunas cosas sobre las que los ciudadanos parecen estar de acuerdo —independientemente de su postura política e ideológica— es en la necesidad de atender los problemas más graves del país —que no son nada nuevos— y en la necesidad de modificar el rumbo del país. Esto es algo que las encuestas de opinión pública y los diversos sectores de la vida nacional han expresado con más o menos claridad y vehemencia. Pero a la base de esto, la petición principal ha sido que se les escuche y que no se les margine. ¿Por qué esta preocupación tan particular? Las respuestas probablemente hay que buscarlas en la forma

cómo percibieron a los Acuerdos de paz. Los Acuerdos de paz constituyeron un punto de inflexión en la vida sociopolítica del país y para muchos, estos representaban la tabla de salvación de una sociedad injusta, violenta y excluyente. Seis años después de la firma de los Acuerdos de Chapultepec, la mayor parte de los salvadoreños ya no piensa de la misma manera de ellos. Hoy, a diferencia de los años 92-94, la mayoría de ciudadanos piensa que los Acuerdos pudieron haber ido más allá de la resolución del conflicto, para resolver los otros problemas graves como la economía y la corrupción; inclusive, algunos salvadoreños piensan que los Acuerdos no fueron de mucha utilidad. Esto porque existe una impresión relativamente generalizada entre el público de que en la marcha los Acuerdos fueron desnaturalizados para atender los intereses de la clase política y no las peticiones de la población. Es en este contexto en el que se convoca a una Comisión Nacional de Desarrollo, con intelectuales representativos de varias tendencias de pensamiento en la sociedad salvadoreña para presentar un plan de nación.

En el fondo, la misma necesidad —olfateada cada vez más por diversos sectores— de proponer proyectos de país o planes de nación como se le quiera llamar, sólo pone en evidencia el agotamiento de las capacidades de los Acuerdos de paz —e indirectamente del sistema político— para construir una nueva sociedad salvadoreña; pero sobre todo esta iniciativa pone de relieve la súplica ciudadana que pide ser escuchada.

¿Quiere decir esto que Bases para un Plan de Nación constituye el nuevo paradigma para orientar el rumbo del país y para alimentar las esperanzas de los salvadoreños de una sociedad mejor? Es difícil saberlo por ahora, pero lo que sí es posible en este momento es señalar los riesgos de que esta iniciativa se convierta en un intento fallido más de resolver el gran dilema del rumbo del país. Y los riesgos principales probablemente no radican tanto en

los desacuerdos sobre el texto del Plan en sí mismo cuanto en la capacidad de obtener compromisos de los diversos sectores y en la capacidad de generar la necesaria confianza popular para involucrar a toda la población.

Sin embargo, desde la opinión pública, lo que está claro por ahora es que los salvadoreños están muy desencantados; de hecho, un poco más de la tercera parte de la población piensa que dentro de cinco años el país "va a estar peor que ahora". De ahí la dificultad para integrarlos y hacerlos participar en los movimientos sociales y en los procesos electorales. Esta nueva iniciativa llamada Bases para un Plan de Nación corre el mismo riesgo que en algún momento corrieron los Acuerdos de Chapultepec, esto es, perder la perspectiva de la necesidad de que todos los sectores se comprometan en el esfuerzo de transformar la sociedad salvadoreña para bienestar de todos y no de unos pocos.

leyendo el texto del documento en cuestión es difícil no estar de acuerdo con él. La mayor parte de la propuesta responde a las visiones e inquietudes que desde hace varios años vienen expresando distintos sectores de la población. La Comisión de Desarrollo no ha descubierto la piedra filosofal cuando afirma que "el nudo gordiano es la *pobreza estructural*" y tampoco ha descubierto la fórmula mágica cuando señala que El Salvador necesita una sociedad sin marginación, participativa, segura, económicamente competente y con firmes estructuras familiares, entre otras cosas. Los mismos responsables de esta Comisión han expresado que lo único que han hecho es recoger las inquietudes mencionadas por la sociedad y plasmarlas en un documento sistemático e integrador. Probablemente, esto era necesario no tanto porque no se hubiese hecho en otros lados, sino porque la necesidad de identificar seriamente los problemas esenciales no se había reconocido oficialmente.

En buena medida, la Comisión de Desarrollo ha cumplido con la tarea de escuchar a la población para plasmar el tipo de nación a la que la mayoría aspira. El problema es —independientemente del acuerdo o desacuerdo con la propuesta— cómo lograr que todos se comprometan a enfrentar ese reto. Esto es especialmente problemático en una sociedad con sectores más acostumbrados a cuidar sus

intereses particulares que en velar por el bienestar de todos. No hace falta ir muy lejos para encontrar innumerables ejemplos de ello. Prácticamente todo el mundo está de acuerdo con la necesidad de mejorar la educación universitaria, pero eso llega hasta allí cuando se trata de cerrar los deficientes centros pseudouniversitarios porque las nuevas legislaciones afectan los intereses económicos de algunos vinculados a la clase política. Casi toda la población está de acuerdo en que es necesario ordenar el centro de San Salvador, pero el acuerdo se mantiene hasta cuando llega la hora de intentar ordenar la circulación de los buses en el centro. Los empresarios se manifiestan a favor de promover el desarrollo económico del país, pero el compromiso se desvanece cuando se trata de contribuir al mismo modificando las condiciones que les permiten no pagar impuestos de forma equitativa. Los medios de comunicación se presentan a sí mismos como defensores de la libertad de expresión, pero esa responsabilidad se olvida cuando la información no es favorable a los intereses a los grupos de poder vinculados con la empresa periodística. En esta línea podrían seguir listando una cantidad interminable de ejemplos, sólo para demostrar que esta actitud no es escasa.

Por ello, el mayor reto que plantea el Plan de Nación probablemente sea el que los diversos sectores se puedan sentir comprometidos con él. Ello no tanto a nivel retórico como siempre sucede y como parece haber ocurrido ya —ningún sector se ha atrevido a adversar públicamente dicho plan, inclusive aquéllos que se han esforzado por decir que en el país todo está muy bien— sino a nivel del cumplimiento de los compromisos que éste exige. Esto es especialmente cierto en el caso del gobierno y de la clase política en un momento en que parecen estar más preocupados por sus intereses partidarios que en resolver los problemas del país. Para que las Bases para el Plan de Nación puedan realmente serlo y puedan servir a la sociedad salvadoreña, se necesita el compromiso de todos, pero especialmente de aquéllos que históricamente se han resistido a escuchar las aspiraciones de las mayorías con tal de defender sus propios intereses.